

GARROTE Y ZANAHORIA

O DE CÓMO SE PERDIÓ LA SENSIBILIDAD HUMANA EN LA DERIVA AUTORITARIA

Esta semana asistimos, como comunidad, a un espectáculo contradictorio y doloroso.

Por una parte, de forma muy merecida y seguramente con muchos más méritos por reconocer, algunos administrativos fueron galardonados por su trayectoria en la UIS. En contraste, decenas de familias necesitadas se quedaban sin el que era probablemente el único ingreso de la casa. Muchos hombres y mujeres honestos, trabajadores y comprometidos que ocupaban cargos temporales perdieron su puesto de trabajo en la universidad.

Hay quienes dicen que fue una masacre laboral. Y justo cuando mejor pintaba el panorama: hubo decreto de formalización, reforma laboral, y su empleadora es boyante financieramente, al menos así lo afirmaron hace poco nuestras directivas, y lo demuestra la expansión regional extra departamental o el pomposo anuncio de nuevos edificios.

Este panorama me entristece, y me hace recordar una reciente lectura, de Zygmunt Bauman y Leonidas Donskis titulada: *“Ceguera moral: la pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida”*. En esta fantástica obra, Bauman y Donskis advierten que el mal en nuestros tiempos ya no se presenta con rostros monstruosos ni en episodios excepcionales. El mal -dicen- se desliza silenciosamente en lo cotidiano, se normaliza en las decisiones administrativas y se banaliza en la rutina de lo “técnicamente posible”. La ceguera moral que describen no es un olvido inocente, sino una forma de anestesia colectiva: dejamos de ver al otro, dejamos de sentir su angustia, y con ello lo exiliamos del espacio de la compasión y la justicia.

En sus propias palabras: *“El mal no se limita a la guerra o a las ideologías totalitarias. Hoy en día se revela con mayor frecuencia en la ausencia de reacción ante el sufrimiento de otro, al negarse a comprender a los demás, en la insensibilidad y en los ojos apartados de una silenciosa mirada ética”*.

La ‘adiaforización’ -ese concepto que ambos autores recuperan para nombrar el desplazamiento de las personas y los actos fuera del ámbito de la moral- se consume cuando un trabajador deja de ser un rostro, una historia, una vida comprometida con la institución, y se convierte en un rubro contable, en una cifra

desechable, en una carga presupuestal que conviene suprimir; o, en simplemente, el objeto de venganza de los vencedores sobre los vencidos.

La pregunta que se impone no es solo por la legalidad de las decisiones, sino por su legitimidad moral. ¿Qué clase de comunidad universitaria somos si nos permitimos, sin protestar, que se suprima el sustento de decenas de familias, muchas de ellas encabezadas por mujeres, personas en condición de salud vulnerable, cercanas a su pensión o con años de servicio intachable? ¿Qué nos dice como institución que esto ocurra en medio de vacaciones docentes, celebraciones y agasajos, mientras se ignora -con estudiado silencio- el dolor de quienes han sido excluidos? ¿Qué sensibilidad ética queda si la estabilidad laboral se convierte en una moneda de cambio, si el "premio" es para unos y el "garrote" para otros?

Las víctimas de esta decisión no son números ni expedientes. Son rostros, como los que Levinas evocaba para recordarnos que todo acto moral comienza en la mirada al otro, en ese instante de vulnerabilidad compartida que nos obliga a responder ante la injusticia. Lo que está en juego aquí no es solo un conjunto de contratos, es la dignidad misma de una comunidad que se pretende académica, pública, humana, digna; o como lo señala nuestro propio rector: 'socialmente responsable'. La tragedia no es solo lo que ha pasado, sino que haya pasado sin duelo, sin escándalo, sin resistencia.

Desde esta convicción, no podemos sino llamar a la universidad, en su conjunto, o mejor, a la conciencia de comunidad que nos une -a su alta administración, a su comunidad académica, a sus órganos de gobierno- a interrumpir la deriva autoritaria y tecnocrática que amenaza con erosionar sus propios fundamentos. La estabilidad laboral, el trato digno, la protección de los más vulnerables no son concesiones graciosas: son exigencias mínimas de una comunidad universitaria que se piensa como espacio ético y democrático, que educa también en lo político.

De manera que, ante la insensibilidad contemporánea, se preguntan los autores citados: *"¿corremos el peligro de perder nuestra capacidad para comprender lo que acontece en el mundo y empatizar con las personas que sufren?"* y luego, aludiendo a los peligros de la mercantilización de la educación sostienen: *"hay algo aún peor: la desaparición gradual de lo político en el ámbito de la universidad, y también el deslizamiento hacia la tecnocracia disfrazada de democracia y libre elección."*

Porque no hay universidad sin personas. No hay academia sin humanidad. Y no hay dignidad sin memoria. Pero la memoria por sí sola no basta si no se transforma

en acción. Por eso, si el rostro del otro -como enseñaba Levinas- nos interpela, también nos exige. Lo sucedido no puede reducirse a una anécdota, ni a una coyuntura presupuestal: es una fractura en el pacto ético que nos sostiene como comunidad y nos hace reconocer como tal.

Si permitimos que el silencio se imponga, que la injusticia se normalice y que el miedo reemplace la palabra crítica y la deliberación libre, consciente y segura, entonces no solo habremos fallado a quienes hoy han sido excluidos: nos habremos fallado a nosotros mismos.

Tal vez ha llegado el momento de recordar que, en la universidad -como en la sociedad misma-, lo humano es el principio y el último límite. No nos acostumbremos a la crueldad discreta de los tecnócratas. No dejemos de mirar. No dejemos de sentir. No dejemos de luchar en contra de lo que consideramos injusto.

Jorge Andrey Cáceres Malagón

Profesor

Escuela de Derecho y Ciencia política

Facultad de Ciencias Humanas

Universidad Industrial de Santander